

á Jesucristo derramando su sangre y muriendo en la Cruz para redimirnos de la esclavitud del pecado y hacernos hijos de Dios, recordad siempre las palabras de San Juan: De tal manera amó Dios al mundo, que le dió á su Unigénito (1). Recordad las de San Pablo: Me amó y se entregó por mí (2); y grabándolas en el corazón, decid con el discípulo: Amemos, pues, á Dios, que nos ha amado antes á nosotros (3); y con San Pablo: La caridad de Cristo nos apremia (4). Amémosle, y si alguno no ama á nuestro Señor Jesucristo, sea anatema (5). Este es el primer fruto que debemos sacar del estudio de la pasión. El segundo hélo aquí.

El hombre ha de seguir necesariamente uno de los dos caminos: ó el del Adán terreno, ó el del celestial. El primero le hace terreno (6): es camino de orgullo, de ambiciosa grandeza y de sensualidad; camino ancho y en la apariencia recto, pero que, como dice el Espíritu Santo, termina en la muerte (7), porque conduce á la desnudez, á la corrupción, á la esclavitud de las pasiones, al destierro del paraíso, al infierno. El segundo nos hace celestiales (8): camino opuesto al primero, de humillación, de penitencia, de sacrificio; parece estrecho (9), pero conduce á la vida, porque atrae la gracia, da la libertad y el noble título de hijos de Dios: termina en el cielo.

- 
- (1) Joann. III, 16.
  - (2) Gal. II, 20.
  - (3) I Joann. IV, 19.
  - (4) II Cor. V, 14.
  - (5) I Cor. XVI, 22.
  - (6) Id. id. XV, 47.
  - (7) Prov. XIV, 12.—Matth. VII, 13.
  - (8) I Cor. XV, 47.
  - (9) Matth. VII, 14.

¿Por cuál nos decidimos? Los que en el bautismo cambiamos el título de hijos de Adán por el de hijos de Dios, no podemos seguir el primero sin renunciar á este dictado, y á los derechos que nos confiere. Sigamos, pues, el camino de Jesucristo. A su entrada se nos pide como á él un sacrificio: el sacrificio del orgullo y la sensualidad, la aceptación de la humillación y de la Cruz; se nos pide que nos desnudemos del viejo Adán y de sus obras, y nos vistamos del nuevo y de sus caracteres (1). Hijos de Dios, hermanos de Jesucristo, oid su palabra: Os he dado ejemplo para que hagais lo que yo he hecho (2). El que quiera venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, renunciando las obras de la carne y vistiéndose de mí (3); tome su cruz, abrazando el sacrificio, base y esencia de la vida cristiana, y sígame (4). ¿A dónde? En la tierra al Calvario; después al cielo, al paraíso de las delicias eternas.

- 
- (1) Ephes. IV, 24.—Colos. III, 10.
  - (2) Joann. XIII, 15.
  - (3) Rom. XIII, 14.
  - (4) Matth. XVI, 24.

á Jesucristo derramando su sangre y muriendo en la Cruz para redimirnos de la esclavitud del pecado y hacernos hijos de Dios, recordad siempre las palabras de San Juan: De tal manera amó Dios al mundo, que le dió á su Unigénito (1). Recordad las de San Pablo: Me amó y se entregó por mí (2); y grabándolas en el corazón, decid con el discípulo: Amemos, pues, á Dios, que nos ha amado antes á nosotros (3); y con San Pablo: La caridad de Cristo nos apremia (4). Amémosle, y si alguno no ama á nuestro Señor Jesucristo, sea anatema (5). Este es el primer fruto que debemos sacar del estudio de la pasión. El segundo hélo aquí.

El hombre ha de seguir necesariamente uno de los dos caminos: ó el del Adán terreno, ó el del celestial. El primero le hace terreno (6): es camino de orgullo, de ambiciosa grandeza y de sensualidad; camino ancho y en la apariencia recto, pero que, como dice el Espíritu Santo, termina en la muerte (7), porque conduce á la desnudez, á la corrupción, á la esclavitud de las pasiones, al destierro del paraíso, al infierno. El segundo nos hace celestiales (8): camino opuesto al primero, de humillación, de penitencia, de sacrificio; parece estrecho (9), pero conduce á la vida, porque atrae la gracia, da la libertad y el noble título de hijos de Dios: termina en el cielo.

(1) Joann. III, 16.

(2) Gal. II, 20.

(3) I Joann. IV, 19.

(4) II Cor. V, 14.

(5) I Cor. XVI, 22.

(6) Id. id. XV, 47.

(7) Prov. XIV, 12.—Matth. VII, 13.

(8) I Cor. XV, 47.

(9) Matth. VII, 14.

¿Por cuál nos decidimos? Los que en el bautismo cambiamos el título de hijos de Adán por el de hijos de Dios, no podemos seguir el primero sin renunciar á este dictado, y á los derechos que nos confiere. Sigamos, pues, el camino de Jesucristo. A su entrada se nos pide como á él un sacrificio: el sacrificio del orgullo y la sensualidad, la aceptación de la humillación y de la Cruz; se nos pide que nos desnudemos del viejo Adán y de sus obras, y nos vistamos del nuevo y de sus caracteres (1). Hijos de Dios, hermanos de Jesucristo, oid su palabra: Os he dado ejemplo para que hagais lo que yo he hecho (2). El que quiera venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, renunciando las obras de la carne y vistiéndose de mí (3); tome su cruz, abrazando el sacrificio, base y esencia de la vida cristiana, y sígame (4). ¿A dónde? En la tierra al Calvario; después al cielo, al paraíso de las delicias eternas.

(1) Ephes. IV, 24.—Colos. III, 10.

(2) Joann. XIII, 15.

(3) Rom. XIII, 14.

(4) Matth. XVI, 24.